

**El convoy. Eduardo Romero. Lima, Perú: Forjadestino/Comic Apocalipsis, 2019, 78 p.**

El motivo del viaje forma parte de la narrativa de aventuras, y tiene en la *Odisea* de Homero, a uno de sus principales paradigmas. En el Perú, la narrativa de aventuras es prácticamente inexistente, salvo quizás en algunos pasajes de novelas y cuentos ambientados en la selva amazónica. La selva, como ese gran espacio simbólico que aún no ha sido incorporado a la nación, sirve de marco para la presencia de lo insólito, lo extraordinario e incluso de lo irracional. Quizás la aventura tenga mejor fortuna y presencia en la historieta. Y es aquí en donde se inscribe *El convoy*, de Eduardo Romero (Lima, 1975). Con estudios de arquitectura, Romero obtuvo en 1999 el Primer Puesto en el concurso de historietas de la Asociación Calandria, además de colaborar en *La inocente hecatombe*.

Como indica el título, *El convoy* trata sobre el viaje que realiza un grupo de barcos que transportan un misterioso material a pedido de un extravagante cliente. El ofrecimiento consiste en un atractivo pago, más aún porque el cliente solo compensará a quienes lleguen con vida al destino final, mientras que el dinero de los fallecidos durante el peligroso viaje, se repartirá entre los sobrevivientes. En su trayecto se enfrentarán a muerte contra un acorazado, barcos fantasmas, ataques aéreos, monstruos marinos, intentos de abordaje e, incluso, el enfrentamiento entre los miembros del propio convoy.

Así, la historia presenta una serie de eventos mortíferos que el capitán Lucius, personaje central al mando del "Akeron" (que alude al espacio del inframundo en la mitología griega) tendrá que sortear y salir victorioso. En este punto si bien la referencia obligada es el inglés William Hope Hodgson con la serie de aventuras marinas vinculadas al horror y la soledad, los modelos directos de Romero son Julio Verne de *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869) y la obra visual de Ray Harryhausen, quien desarrolló su obra en el campo del arte, el diseño y la animación cinematográfica, en obras claves del cine fantástico como *Jasón y los argonautas* (1963) o *Furia de titanes* (1981). Es así que Romero rinde tributo a estos últimos a partir de la presencia de un gigantesco calamar, que envuelve la embarcación y amenaza la vida de la tripulación, y las extrañas figuras sobre las montañas, que recuerda a los soldados-esqueletos armados de *Jasón y los argonautas*.

El capitán Lucius posee una personalidad cerrada. No llega al anarquismo del Capitán Nemo de la novela de Verne, pero sí comparte

---

un cierto malestar o rechazo a la sociedad. Lucius es amargado, fatalista, desconfiado y posee un secreto, ya que siendo hijo de un celebrado oficial, dejará de pertenecer a la armada imperial para convertirse en un oscuro mercenario, en el presente de la narración.

Las acciones pueden ser ubicadas en un tiempo posterior a la Segunda Guerra Mundial, debido al tipo de embarcaciones y de las aeronaves militares. Sin embargo, durante las acciones de la novela ocurren dos rupturas espacio-temporales, en la medida que –en una lucha– irrumpen soldados de apariencia feudal en plena realidad del siglo XX; y la figura del cliente –hacia el final de la narración–, cuya imagen remite más a la figura del malvado Sauron creada por Alan Lee para *El señor de los anillos* de Tolkien, lo que crea una dislocación en el personaje y en el lector, ya que se ingresa a otro espacio-tiempo, en el que Lucius formará parte sustancial.

La violencia con la que Lucius dirige el Akeron va más allá de los códigos morales, ya que en dos oportunidades asesina a miembros de su propia tripulación por su intento de desertión. Las jerarquías verticales y totalitarias de los sistemas militares (en este caso, al margen de las leyes) encuentran en Lucius a su mejor exponente. Lucius encarna una figura totalitaria que proviene de la realidad y constituye una grave amenaza a un posible sistema democrático. Es decir, Lucius puede leerse como imagen de la figura del dictador cegado por sus propios deseos y ambiciones. Que las acciones ocurran en la inmensidad del mar, con una carga de incertidumbre de saber a qué se enfrentan, no anula esta posibilidad de lectura, ya que se trata de cómo se ordenan los grupos humanos, de cómo unos se erigen como líderes y otros deciden la subalternidad.

Pero Lucius a la vez vive atormentado tanto por el recuerdo de la familia a la que ha abandonado (la mujer como figura protectora del núcleo familiar) y la figura del padre (como expresión de la violencia innata), que se constituye en una presencia ominosa, al punto que sigue cumpliendo la voluntad del padre a través de sus acciones, no importándole los valores colectivos ni el hecho de que ello implique recorrer un camino que lo llevará hacia la corrupción moral. Lucius se mueve entre la idea del deber y la obtención del dinero (que corrompe). La familia es más un fantasma que atormenta antes que una presencia tangible y amigable.

En cuanto al estilo visual de Romero, este posee altos contrastes entre el blanco y el negro (que dan a su trabajo la apariencia del grabado) al modo de Charles Burns. Los contrastes acentúan la dramaticidad de algunos de los pasajes de la novela, así como el expresionismo de los rostros de los

personajes. Serán en las escenas mudas en las que Romero logrará expresar con mayor fuerza el horror y la amenaza silenciosa de la muerte.

El mundo que representa Romero está marcado por la obscuridad de la noche marina, vinculada a la muerte, a un mundo de sombras; en algunos momentos a media luz. Los personajes son iluminados de modo lateral lo que les otorga una aureola siniestra. Si bien los miembros del convoy muestran sus rostros de miedo, angustia o furia a lo largo de la narración, en los del enemigo, apenas se vislumbran sus ojos, lo que aumenta aún más el misterio sobre su procedencia. La noche –ese espacio típicamente vinculado a la locura– despertará el lado animal de cada personaje y la violencia que le es inmanente.

El convoy es una novela gráfica sobre el autoconocimiento del personaje central y de la oscura naturaleza del ser humano, a partir del motivo del viaje. Se trata de una obra que parte de un registro realista (la guerra) para proponer una vuelta de tuerca hacia el final de la narración, y con ello ingresar hacia ámbitos propios de lo fantástico, dejando abierta la posibilidad de otra nueva guerra, esta vez de dimensión apocalíptica e irreversible.

### **Elton Honores**

Universidad Nacional Mayor de San Marcos